

ban, asociasen también el hombre que á fines del siglo XVIII tuvo la piedad suficiente para respetar el principio y adornar la cuna de las mismas.

Braschi habia sido nombrado abad de dicha abadía siendo tesorero de la Cámara apostólica, por cuya razón habia ido varias veces á visitar á los religiosos y siempre habia recibido de ellos los mas distinguidos obsequios. Así es como tuvo ocasion de ver que la mayor parte de las rentas de aquel monasterio eran gastadas en Roma por los abades comendatarios, que empleaban en sus propios gastos los fondos que debian invertir en reparacion del monasterio. Braschi, cuando llegó á ser Papa, reparó este olvido con la nobleza que le caracterizaba y la magnificencia que empleaba en todas sus obras: mandó reconstruir enteramente la abadía y enriqueció el templo con parte de las alhajas que habian pertenecido á la iglesia del Jesus.

En el camino de Roma á Viterbo se ve una hermosa aldea, llamada San Lorenzo Nuevo; también es creacion de Pio VI: él fué quien puso los primeros cimientos, quien suministró los planos y adelantó todos los gastos.

Débenle las bellas artes la restauracion de una multitud de estatuas antiguas, y el comercio le es deudor de la recomposicion de las carreteras. Tampoco se puede poner en olvido que él fué quien suprimió los portazgos en todos sus Estados. Esta contribucion disgustaba al pueblo con tanto mas motivo, cuanto que los encargados de cobrarla la aumentaban con una multitud de enredos y vejaciones que ahababan de hacerla mas pesada. Pio VI perdió algunas rentas suprimiéndolo, pero ganó el afecto de sus súbditos: el pueblo le demostró su agradecimiento acuñando una medalla con una leyenda que espresaba el suceso.

Pio VI fundó el conservatorio de San Pedro in Montorio, en el cual estableció una fábrica de indianas. En ella encontraba ocupacion cualquiera muchacha pobre, sin mas que

presentarse con un certificado de buena conducta. Fundó también otro establecimiento del mismo género llamado San Juan Delle Zoccollette, con la sola diferencia que en este los tejidos eran de lana. Pocas son las provincias del Estado que gobernaba que no le deban la fundacion de alguna casa de huérfanos, en donde estos desgraciados reciben con abundancia los socorros espirituales y temporales. Todos estos monumentos atestiguan la beneficencia de su fundador.

Pero el monumento mas notable de su pontificado, el que los romanos hubieran prohibido con gusto aun en la época de su mayor esplendor, y el que debe honrar su memoria aun á los ojos de los que no lo miran sino bajo el punto de vista de sus afectos humanos, es el desecamiento de las lagunas Pontinas.

El origen de estas lagunas ó pantanos se pierde en la noche de los tiempos. Dos rios, el *Amasenus* y el *Useus*, que hasta nuestros tiempos han conservado sus antiguos nombres, parecen haber sido con sus desbordamientos la primitiva causa de la devastacion de aquella inmensa campiña conocida bajo el nombre de *Agro romano*, todas las veces que la incuria del gobierno dejó de acudir con mano solícita á remediar sus estragos.

En esta parte del Apenino que rodea la antigua Campania, y á cuyo pie se estiende un anchuroso valle que llega hasta el mar, serpentean una multitud de arroyuelos grandes y pequeños, que en las cimas y vertientes de las montañas encuentran manantiales inagotables. Su reunion forma varios rios, cuyo álveo se va estrechando cada vez mas por el sedimento que las aguas arrastran consigo, y de aquí resulta que por último salen del cauce é inundan las llanuras de los alrededores. Tal es la causa permanente que condenaba este pais á estar convertido en un pantano, y tales eran los obstáculos de que los romanos no supieron triunfar en la época de su mayor poder.

Appio Claudio, llamado el Ciego, es el primero que tres siglos antes de la era cristiana, segun refiere la historia, quiso socorrer de algun modo esta region, atravesándola con la vía pública que aún existe y lleva su nombre, y á la cual ninguna otra en el mundo aventajó en magnificencia ni solidez.

Siglo y medio después de su construccion el cónsul Cornelio Cetego emprendió el desecamiento de los pantanos que la rodeaban en toda su longitud; pero sus esfuerzos fueron impotentes.

Julio César, ávido de gloria en todo, se disponia á volver á emprender aquella grande obra, y acaso lo hubiera conseguido; pues de todos los eminentes varones de la antigüedad, Julio es el que concibió los mas vastos planes y llevó á cabo los mas nobles designios; pero una muerte inesperada le impidió realizar este.

Augusto quiso proseguirle. Él fué quien á lo largo de la vía Appia construyó un canal destinado á recibir las aguas estancadas, que emponzoñaban su atmósfera; pero sea por falta de conocimientos hidráulicos, ó sea por no emplear la suficiente perseverancia en los trabajos, las aguas volvian á dominar el terreno, de manera que, durante el largo intervalo que medió entre el siglo de Augusto y el reinado de Pio VI, á pesar de los sucesivos esfuerzos de Trajano, de Teodorico, rey de los Godos, de Leon X, y de Sixto V, aquella campiña ofrecia alternativamente ó el espectáculo encantador de una vegetacion prodigiosa, ó el repugnante cuadro de un pantano infecto. A Pio VI estaba reservada la gloria de hacer desaparecer para siempre este último. Un ánimo vulgar se hubiera arredrado á la vista de tanta empresa, pero el suyo fué sostenido por la utilidad que de ella iba á resultar, y el éxito lo ha justificado.

Su primer diligencia fué visitar el terreno, y era por cierto una cosa bien rara ver que un Pontífice se alejase de su Silla. Desde Benedicto XIII, que en 1727 fué hasta Bene-

B. del C., tomo XXII.—IX.—HISTORIA ECLESIASTICA—Tomo VII.

vento, ningun otro habia pasado de Castel-Gandolfo, que está á cuatro leguas de Roma. Pio VI acababa de salir de una grave enfermedad, y sus médicos, y su sobrino, y sus amigos, le representaron, aunque en vano, los peligros de aquel viaje; el Pontífice insistió, y finalmente emprendió su marcha el 5 de abril de 1780 con una comitiva poco numerosa.

No pudo menos de estremecerse cuando desde lo alto de una colina, que dominaba los pantanos, vió los estragos del tiempo y de las aguas, las nieblas emponzoñadas que se estendian hasta el mar, y los peligros que amenazaban su persona si se atrevia á poner sus plantas sobre aquel poco seguro terreno. Sin embargo, avanzó hasta Terracina, repartiendo entre los trabajadores medallas de oro y plata, y recogiendo todas las observaciones que podian conducir al buen resultado de sus trabajos. Su viaje duró doce dias, al cabo de los cuales volvió á Roma con el firme propósito de no levantar mano de la obra.

Sani, hábil agrimensor, habia levantado el plano del terreno; y Bolognini, uno de los que habian presentado el proyecto de la obra en tiempo de Clemente XIII, era el director de los trabajos: habíase también instituido un Banco con el nombre de *Monte de los Pantanos*, que contaba ya con un capital de doscientos cuarenta mil escudos romanos de suscripciones voluntarias.

A los primeros trabajos se descubrió un antiguo acueducto que suministraba agua á Terracina; y se reparó á poca costa.

Desembarazóse en seguida la vía Appia de las capas de cieno, bajo que habia estado por tanto tiempo sepultada; y esta obra maestra de la magnificencia romana, construida toda con piedra de lava y que atraviesa el espacio que separa á Roma de Cápuá, volvió al servicio público. Aún se hallaron en ella profundos surcos abiertos por los carruages de los romanos en tiempo de la república, y tal vez por



sus carros triunfales: vestigios venerables que excitaban grandes recuerdos.

Sobre aquellos indestructibles cimientos mandó construir Pio VI el nuevo camino hasta Terracina, última población de sus Estados por la parte del Mediodía, carretera que posteriormente mandó continuar el gobierno de Nápoles hasta Cápua. En 1786 quedó enteramente acabada y era uno de los principales ornamentos de la Italia moderna.

Al par de esta magnífica obra se construía á lo ancho del pantano un canal que debía terminar en el lago de Fogliano. Empleáronse miles de brazos, y no sin fruto, en estas empresas. No tardó mucho tiempo en arrancarse á las aguas estancadas un terreno de veinte y cuatro mil *rubbias* (doce mil yugadas) y en entregarlo al arado del labrador. Mucho motivo había para bendecir el nombre del Soberano Pontífice, al ver numerosos y soberbios rebaños pastando en aquella región, poco antes cubierta de cieno, de plantas mortíferas y de venenosos reptiles.

Para llevar á cabo tan grandiosa empresa, tuvo Pio VI que luchar con grandes obstáculos por parte de los hombres y por parte de los elementos.

Los hombres trataban de desalentarle exagerando unas veces las dificultades, y otras ridiculizando jocosamente el proyecto; pero los elementos fueron los que en realidad le causaron mayores daños. En 1779 y en 1783 faltó poco para que unas avenidas extraordinarias inutilizasen todas las obras. No hubo más remedio que empezar á hacer nuevos gastos; pero la constancia del Soberano Pontífice era inalterable.

Una de dichas avenidas dió lugar á cierta escena que pinta su carácter vivo, pero justo y lleno de caridad. Un sacerdote de Terracina, tan buen eclesiástico como mal cortesano, pasó á Roma á solicitar una prebenda. En su tránsito había pasado por aquellas regiones, que tenían cautivada la atención del Pontífice: ha-

bia visto los recientes destrozos de las avenidas y podía dar noticias circunstanciadas de ellas. Pio VI le interrogó, y se complació en oír sus sencillas respuestas. Mas cuando llegó á preguntarle lo que pensaba del resultado de la empresa en general, el cura con su candida franqueza, respondió: «Santísimo Padre, eso no es más que tirar el dinero.» — «¿A qué llamais tirar el dinero?» replicó el Pontífice algo incomodado. Esta interpelación fué como un rayo para el desdichado pretendiente; tal fué su temor, que se desmayó, y en este estado lo llevaron á su casa. Cuando recobró el sentido dióse por perdido sin remedio alguno. Su viaje había sido inútil; en vez de la prebenda se llevaba la indignación del Santo Padre. Disponiase á marchar con el corazón partido de dolor; pero ¿cuál sería su asombro al ver entrar un capellán del Pontífice que con el título de la prebenda le traía una orden apremiante para que sin demora alguna pasase á verse con Su Santidad? Esta segunda entrevista fué menos borrascosa que la primera, y como el cura era tan instruido como sencillo, utilizó el Pontífice sus razonables observaciones, para mandar corregir algunos defectos que aquel á su paso había observado en las obras.

Pio VI, cuyo celo jamás se resfriaba, concibió el proyecto de edificar una población en el mismo sitio que había ocupado el pantano. Hizo levantar el plano de ella bajo su inspección, y consistía en un cuadro perfecto que hubiera contenido diez mil hogares, y debía ser atravesado por un ancho canal, con el doble objeto de dirigir al mar las aguas superiores y favorecer con su curso el comercio de la nueva colonia. La revolución política que sobrevino hizo fracasar este proyecto y otros muchos.

A las inapreciables ventajas que el comercio y la industria debían sacar del desecamiento de las lagunas Pontinas, es preciso añadir la salubridad atmosférica que ha resultado

de ella. Antes de esta operación no se veían en los alrededores más que algunas cabañas diseminadas, cuyos habitantes inspiraban una compasión que no podía ocultárseles, ni ellos podían menos de conocer cuán frágil era el hilo de que pendía su vida. Viendo cierto viajero en 1772 un grupo de aquellos espectros animados, les preguntó cómo hacían para vivir. *Morimos*, le respondieron. El viajero quedó admirado de tan sublime y doloroso lacónismo. El lector podrá calcular por él la importancia del servicio que Pio VI les hizo.

La filosofía ha calculado friamente las sumas que allí se invirtieron, y en la desesperación de no poder atacar el principio ni los efectos, se limitó, con su mala fé acostumbrada, á censurar los medios. Aquella empresa, según sus cálculos, es la causa principal del empobrecimiento del erario romano; con lo que costó se podían haber desmontado todos los terrenos baldíos del estado eclesiástico y hacer de Ancona el más hermoso puerto del Mediterráneo. Pero si Pio VI hubiese empleado las mismas sumas en embellecer á Ancona ó en el desmonte de todos los terrenos baldíos de sus Estados, la filosofía hubiera aplicado entonces su censura á esta empresa, y dicho que la verdadera obra de utilidad habría sido el desecamiento de las lagunas Pontinas.

Y si no ha perdonado al hecho más brillante del Soberano de Roma y á la empresa más útil á los ojos de los hombres, infiérase con qué amargura, con qué injusta prevención habrá juzgado al Gefe de la Iglesia en sus relaciones políticas ó religiosas; pero afortunadamente no ha sido más feliz en sus inculpaciones.

Se ha hablado mucho de los vicios del gobierno de Roma; pero Dupaty no ha podido menos de hacer justicia á las ventajas que de él resultan. «Roma, dice este autor (1), á pesar de

los numerosos defectos de su administración, es el estado político que goza de más seguridad, el estado social más tranquilo y el estado civil más dichoso.

«La autoridad del Papa, dice en otra parte, es blanda y suave en sí misma, y apenas gravita sobre el pueblo.

«Una multitud de causas morales facilitan la obediencia así como su fé bajo el yugo pontificio. Tiene un dueño absoluto; pero solo uno: cree el pueblo haberlo recibido de Dios, le muda con frecuencia, y la tiara está demasiado lejos de él.»

A este testimonio, que nada tiene de ambiguo, añadiremos el de Gorani.

«Ya he dado á conocer en otra parte, dice este autor (1), que el carácter distintivo de los romanos modernos es la urbanidad y la complacencia: profesan á los extranjeros las más distinguidas consideraciones y hasta respeto; pero este respeto no lleva el sello del servilismo como el del pueblo alemán. Los individuos de la clase inferior de este no ven en sus superiores sino á unos ante quienes se prosternan, y si la casualidad ó algunas circunstancias particulares les abren la entrada de los palacios en que estos habitan, no se acercan á ellos sino en una postura tan humillante que tiene mucha semejanza con la esclavitud. Los romanos, por el contrario, no dejan escapar ninguna señal que se parezca á la servidumbre, y su conducta en este particular es muy opuesta á la índole de su idioma.» Gorani añade hechos que confirman esta observación: citaremos dos de ellos.

El duque de Braschi se ejercitaba un día en la equitación en el patio de su palacio. Este recinto estaba lleno de aquella multitud de curiosos desocupados que tanto abundan particularmente en las ciudades del mediodía de Europa. Incomodado justamente el duque de

(1) Cap. 77.

(1) Tom. 3, p. 135.



ver que aquella gente apenas le dejaba manejar el caballo, tuvo la imprudencia de decir en alta voz: «Hagan salir de aquí á esta canalla.»—«Tienes razon en tratarnos así, dijo uno de los espectadores retirándose; bien merecemos la injuria, supuesto que tenemos paciencia para sufrirla.»

Otro día atravesaba el Papa á pie por las calles de la ciudad, seguido de sus carruajes. Una muger se encaró con él y le dijo: «Sanísimo Padre, el aceite está horriblemente caro, y vuestra Santidad debe remediarlo.» Pio VI miró bondadosamente á esta muger é iba á continuar su marcha; pero ella alzó la voz diciendo: «No, no: es preciso que me oigais: vuelvo á deciros que el aceite está horriblemente caro, y que debeis tomar medidas para que se baje el precio.» El Papa se lo prometió, y entonces ya pudo seguir su camino.

Ciertamente que en un pais en que se obra con esa libertad y se espresa de ese modo á la faz del soberano, no puede decirse que el gobierno de este sea tiránico.

El asunto y sentencia dada contra Cagliostro son otra prueba irrecusable de lo que vamos diciendo. Este demasiado célebre empirico habia traído á Roma los mismos gustos, el mismo desarreglo de costumbres y las mismas malas artes con que tanto escándalo habia dado en Francia. Habiendo sido preso y convencido de complot contra el Estado, fué condenado á muerte; pero el Santo Padre commutó esta pena en la de prision perpétua.

Es indudable que se habian introducido algunos abusos en la administracion, como sucede generalmente con todas las instituciones humanas. Pio VI lo conocia, y meditaba su reforma.

Nombró una congregacion de cardenales, encargada particularmente de remediar el desorden de la hacienda, arreglar las contribuciones y fomentar la agricultura; pero habia demasiadas gentes que vivian de estos abusos,

las cuales opusieron á su reforma toda la energia de la intriga.

El Santo Padre velaba particularmente sobre la Cámara apostólica, la cual mas que un ministerio era una complicacion de ministerios. Su gefe principal era el cardenal camarlengo, primera dignidad de Roma despues de la del Soberano Pontífice. Asi que este fallecia, el camarlengo ejercia sus veces y era una especie de inter-soberano. Su autoridad duraba tanto como el cónclave. Un puesto tan eminente daba gran prestigio al que lo ocupaba, por pocos talentos que él reuniese á la firmeza.

Esta dignidad fué en tiempo de Clemente XIII conferida á uno de sus sobrinos, el cardenal Rezzonico, que la conservó hasta el momento de la revolucion. Este cardenal tenia un carácter blando y moderado, y aunque fué gefe nominal del partido de los *Zelanti*, y aunque ocupó mucho tiempo la primera dignidad, jamás ejerció sino una mediana influencia. El tesorero estaba á sus órdenes inmediatas. Ya sabe el lector que Braschi lo fué durante quince años, en cuyo intervalo las malversaciones fueron muy raras. Braschi fué reemplazado por Palotta, uno de los hombres mas honrados é instruidos de la Santa Sede; pero cuyas maneras eran ásperas y repugnantes. Palotta y Braschi fueron el espantajo de los intrigantes y bribones; pero apenas podian descargar su brazo sobre estos en las sombras en que sabian envolverse.

Despues del tesorero, seguia en dignidad el prefecto de la *Annona* ó de las provisiones. En esta administracion era donde particularmente se cometian las mas escandalosas y por desgracia las mas inevitables injusticias. Preciso es confesarlo: la postracion de la agricultura, la inercia general de los cultivadores, y las frecuentes carestias que acosaban á Roma, dependian de un vicio radical de aquel establecimiento, encargado de las provisiones de todo el Estado eclesiástico. Pio VI no tuvo

jamás el valor de destruirlo, y esto quizá fué prevision y prudencia. Conocia que hay abusos que dependen de los fundamentos del Estado, y que no es posible desarraigarlos sin causar violentos disturbios y revoluciones. Sin embargo, como ya lo hemos dicho, hizo un ejemplar. Nicolás Bischi, pariente y amigo de su predecesor, habia recibido y gastado una suma de novecientos mil escudos en comprar cereales. Acusáronle de malversacion. Pio VI le entregó á los tribunales, y á pesar de la proteccion de los embajadores de España y Francia, fué condenado á una restitution de doscientos ochenta y dos mil escudos, y para completar esta suma se le vendieron hasta sus muebles. Esta severidad fué criticada. Tal es la desgracia de cuantos tengan que luchar con un partido, cualquiera que sea la conducta que sigan.

Pio VI encontró el comercio y la industria en un desfallecimiento espantoso y universal. Ocupóse en los medios de darle animacion, sea adelantando sumas á los especuladores, sea concediendo primas á los mas hábiles; pero el mal estaba ya inveterado para ceder á estos débiles remedios. El Papa hizo cuanto pudo, pero tambien se le criticó porque no hizo imposibles.

Nada era mas raro en Roma que los robos con fracturas, los envenenamientos y los motines populares; pero el uso del puñal era frecuente, y aun este uso, provocado por la venganza, era moderado por el temor mismo de la venganza. Mas aun cuando no se hubiera contado mas que uno de estos crímenes por año, se habria conseguido mucho, si se lograba impedirle, suprimiendo los asilos que favorecian al asesino, vigilando las galerias á donde se refugiaban, y prohibiendo alegar en su favor algunas palabras de perdon arrancadas á la víctima espirante. Pio VI no suprimió todos los asilos, pero disminuyó su número, y es muy cierto que durante su largo pontificado ocurrieron menos desgracias de este género

que durante el corto reinado de su antecesor. Algunos años despues, autorizado por los mismos motivos, suprimió el jerecho de que gozaban los cardenales y legados *a latere*, en virtud de una bula de Clemente XII, de dar salvo-conducto á los malhechores y criminales.

Quejábanse los judíos de la severidad del gobierno romano. Encerrados en su barrio llamado el *Ghetto*, no podian salir de él mas que de dia, y bajo pena de muerte tenian que volver á entrar en su prision al ponerse el sol. Estábales prohibido con pena de presidio el acercarse al convento de las *Anunciadas* y el presentarse en algun templo, convento ú hospital. Tampoco podian tener relacion de ningun género con los cristianos, y si empleaban en su servicio algun criado de esta religion, eran tambien castigados con penas corporales. Hombres y mugeres no podian presentarse en público sin llevar un distintivo particular, que era de color amarillo. En sus funerales no podia hacerse ningun aparato, ni en sus sepulcros podia ponerse inscripcion alguna. Estas leyes, sin embargo, no eran rigurosamente observadas: algunas habian caído en desuso, y otras estaban consideradas como demasiado severas para ser puestas en ejecucion: pero podian ser puestas en vigor de un momento á otro. Los judíos gemian bajo este yugo de continuo terror. Pio VI los libró de él; dispensóles del distintivo infamante; abolió la pena de muerte contra los que salian del *Ghetto* despues de la puesta del sol; castigó severamente á los empleados del fisco que les vendian el aire y el fuego á peso de oro, y abolió asimismo el sermón que segun antigua costumbre les predicaba todos los sábados un religioso dominico; y sin embargo, este es el Pontífice á quien los filósofos no han reparado en tachar de fanático en su gobierno! Tendrán acaso mayor fundamento las acusaciones que se le hacen acerca de su nepotismo?